

# REVISTA DE LAS ANTILLAS

La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios.

Constitución de 1812.—Art. 1.º

PERIODICO DE INTERESES ECONOMICO-POLITICO-SOCIALES  
DE LAS ISLAS DE CUBA Y PUERTO-RICO

Se publica los días 8, 16 y 24 y los siguientes á la llegada del correo de Ultramar

Un pueblo no puede ser mitad esclavo, mitad libre. O todo libre, ó todo esclavo.

Abraham Lincoln.

REDACCIÓN: BARRIONUEVO, 12

DIRECTOR: D. FRANCISCO CEPEDA

ADMÓN.: BARRIONUEVO, 12

AÑO I.—NUM. 35

MADRID, 15 DE NOVIEMBRE DE 1882

TOMO I.—NUM. 35

## SUMARIO

D. Estanislao Figueras.—¡Figueras ha muerto!—¡Figueras!—A los representantes del país y á la opinión pública.—El sudor de los presidarios.—Puntos negros.

### D. ESTANISLAO FIGUERAS

La democracia española sufre en estos momentos una pérdida irreparable.

El primer presidente de la República ha bajado al sepulcro cuando tantas esperanzas se fundaban en su honrada actividad y en su esclarecido talento.

Cuba ha perdido en él uno de los buenos adalides de la causa de la libertad.

El Sr. Figueras era uno de los que más noble y francamente pregonan los derechos que asisten á Cuba, y la ineludible necesidad en que se está de acceder á sus aspiraciones.

La REVISTA DE LAS ANTILLAS comparte con sus correligionarios el dolor que experimentan ante la tumba del insigne orador, del animoso propagandista, del republicano íntegro, cuyo espíritu vivirá siempre entre nosotros, y nos fortalecerá en los días de prueba que la suerte tenga reservados á la autonomía de nuestro país.

### ¡FIGUERAS HA MUERTO!

Precisa pedir tréguá al dolor, y piedad á la suerte, para que en la hora negra de abrirse á nuestra perturbada vista la fosa ávida de los despojos de un gran republicano, de un orador insigne, de un corazón magnífico y un amigo del.... la voz salga del pecho en otra forma que la del sollozo y el espíritu inundado por la ola amarga del desaliento, pueda atinar con aquellas ideas con que la amistad se complace en poblar el hogar huérfano, bordando la santa memoria de los que un día vivieron nuestra misma vida de ilusiones, de esperanzas, de sacrificios, de ruidosas victorias y aterradoras desgracias.

Vano intento el trazar en estos instantes las líneas generales de la biografía de D. Estanislao Figueras. Unos cuantos nombres y otras tantas fechas, no bastan para estimar una acción constante, directa, inspirada siempre, frecuentemente feliz que se desenvuelve en cuarenta años, é influye poderosamente, decisivamente en muchas ocasiones, en la marcha general de la política española, dentro de un período, el más laborioso quizá, el más terrible y más trascendental de nuestra historia de los últimos ciento cincuenta años.

Necesítase para esta empresa, no sólo mucho espacio, sí que mucho estudio, gran conocimiento de los hombres y las cosas de nuestra edad y aquel juicio sereno que no toleran las angustias del corazón y las lágrimas que se agolpan á los ojos del que, en la línea vaga y misteriosa que separa á lo contingente y terreno de la eternidad, acaba de dar á un amigo el adiós postrero que cierra la historia de su agitada y mundanal existencia.

Aún si Figueras no hubiera representado en el juego de la política española más que la afirmación del partido republicano, su personalidad sería tan colosal como imperecedera su memoria. Porque esa afirmación es ya un término irreductible de nuestra vida política y social.

Yo sé bien qué magnífico papel han desempeñado en la gran campaña de los últimos cuarenta años los hombres eminentes de la Democracia española. Cien veces he aplaudido aquella gloriosísima empresa de popularización de la idea democrática, realizada de un modo incomparable por Emilio Castelar, de 1854 á 1868. Sé bien el inmenso valor de la crítica de D. Francisco Pí y Margall, el fiscal severo de todos los abusos del antiguo régimen y el dialéctico invencible de la nueva Iglesia. Mientras la histo-

ria tenga páginas para registrar los méritos y los prestigios de los verdaderos hombres de Estado, será eterno el recuerdo de D. Nicolás María Rivero, el hombre que con una inteligencia de los principios y de las realidades, hasta ahora por nadie superada, vació en fórmulas prácticas y en soluciones verdaderamente gubernamentales las esplendorosas teorías y los profundos dogmas de la Democracia. Y ántes que ellos, D. José María Orense, el venerable Marqués de Albaida, desafiando todas las prevenciones y todas las iras, rompiendo las oscuridades, como la estrella que de repente brota y palpita en medio de las nubes que empañan el limpio cielo; el hombre excepcional, sobre quien la Historia, el acaso del nacimiento, las circunstancias, y, en fin, el génio de las grandes renovaciones sociales, habian deramado todas las condiciones necesarias para realizar, en medio de los intereses y los errores tradicionales, la obra imponente y meritoria de los *squaters* americanos en el seno de la selva intrincada y mortífera y al pie del bosque vírgen é inespugnable.

¡Magnífica obra la de todos! ¡Quién olvidará esos nombres! Pero la política pide algo más que oraciones, críticas, fórmulas, protestas y esperanzas. La acción individual, soberbia para la propaganda, es insuficiente para la práctica, para el gobierno, para la encarnación y eficacia de las ideas en la vida social. Por eso las ideas piden la hueste, la Iglesia, el partido. Y el partido democrático, en la totalidad de su evolución y en el término lógico de su movimiento, el partido fué D. Estanislao Figueras.

Necesítanse todas las condiciones verdaderamente peregrinas de talento, de tolerancia, de mundo, de palabra, de educación, de carácter, hasta de figura y de maneras que distinguían al eminente patricio, para poder realizar aquella obra titánica de mantener juntos, por espacio de muchos años, y en las situaciones más críticas, á los hombres de temperamento, procedencia, aspiraciones é intereses más diversos que, en oposición á los principios monárquicos, y bajo la ley disgregadora del libre exámen y la discusión sistemática, vinieron á formar, por diversos motivos, el gran ejército de la Democracia, sirviendo noblemente, áun en medio de sus errores, la causa de la Patria. Figueras era el hombre de la conciliación; su palabra amiga surgía para tranquilizar los ánimos en los momentos más terribles, como su frase entusiasta servía para levantar las esperanzas en los trances de mayor angustia. Sin él, el partido democrático difícilmente se hubiera hecho; sin él, el partido republicano no hubiera existido ni un solo día. Así que, cuando por misterioso acaso (cuya explicación ya está cercana) Figueras desapareció en 1873 de la dirección de la República, no sólo aquella República quedó herida de muerte, sino deshecho el partido republicano.

Y tan en el espíritu del insigne republicano se hallaba este sentido de conciliación, este tono de armonía, este amor de las inteligencias dignas, honradas y eficaces, en vista siempre de los sagrados intereses de la Democracia, que su vida entera no es otra cosa que una continuada demostración de aquellas ideas y aquellas propensiones, pudiendo afirmarse que sus primeros pasos en el órden político, como sus últimas protestas y recomendaciones la víspera de su muerte, se enlazan de un modo asombroso respondiendo á un mismo é idéntico pensamiento.

Figueras aparece en la aurora de su vida, allá en Barcelona en 1843, casi un niño, defendiendo con su palabra y con su brazo á Espartero, combatido por la torpe y nefanda coalición moderada-progresista; y entonces, aceptando el mote de *ayacucho* y desafiando los rigores de la suerte, se esfuerza por evitar la disgregación y la lucha intestina de la familia liberal, que entregaron á esta patria querida á las arbitrariedades narvaistas y á las vergüenzas del polaquismo, manteniendo por decenios alejados del poder y de toda influencia social, á los legítimos herederos de los inmortales legisladores de Cádiz.

Al 3 de Enero ha sucedido la noche de la Restauración, dentro de la cual Figueras exhala el postrer aliento. Nuestra ruina de hoy reconoce por causas

otras análogas á las de 1843, ahora aumentadas por circunstancias excepcionales. El mayor enemigo, el verdadero enemigo de la Democracia, es hoy la Democracia misma. Nuestras divisiones, nuestros antagonismos, hasta nuestros ódios y nuestras mezquinas rivalidades.

Pues bien; en estos momentos hemos visto á Figueras abandonar el banco del trabajo, olvidándose del pan de sus hijos, para ir á Granada, á Barcelona, al banquete de Capellanes y pronunciar aquellas conmovedoras palabras, bastantes para ilustrar su losa funeraria. «*Todos hemos pecado: yo el primero; perdónenme todos como yo á todos perdono, y unámonos por la causa de la Democracia y el bien de la República.*» Estas han sido sus últimas palabras.

Figueras no ha sido sólo un hombre de la Democracia. Ha compartido con Olózaga el cetro de la elocuencia parlamentaria. Ha sido un Abogado eminente del foro madrileño. Ha llegado al primer puesto de la Nación. Pero más que todo eso ha sido. ¡Quién hoy no rinde público tributo al carácter bondadoso y al espíritu levantado de aquel hombre á quien todos podían señalar como ejemplo de tolerancia y prodigio de abnegación, cuyas puertas estaban abiertas de par en par para amigos y adversarios, de cuyos labios bajaba siempre la frase alentadora y el consejo reparador, cuyo bolsillo se vaciaba constantemente para atender todas las desgracias, y cuya actividad, y cuyo celo, y cuya abnegación en los trances más críticos de la vida, le daban el perfecto derecho de creerse el primero y mejor amigo de todos los que lloraban los rigores y durezas de la suerte?

Por eso ahora, al apagarse la luz de sus pupilas, cuando el dolor se ha enseñoreado de su yerto hogar, cuando los sollozos llenan aquellos corredores y aquellas salas, que poco hace el entusiasmo colmaba, y hombres curtidos en la ruda lucha de la vida ya no se esconden para llorar, la frase que por todas partes se escucha no es la de ¡*Hermano!* ¡*Amigo!* ¡*Compañero!*... Es tan sólo ésta, que lo dice y resume todo: ¡*Padre mío!*

Las dos condiciones más relevantes que yo he podido apreciar en Figueras, en una intimidad de cerca de diez años (la invidias de la desgracia), fueron un ojo político, no aventajado por otro alguno de sus contemporáneos, y una grandeza de alma, para la que no hay palabras suficientes en el diccionario del encomio.

Figueras podía equivocarse; se habrá equivocado en las soluciones del momento; pero, á larga vista, á dominio de la realidad, á sentido de la marcha política, á comprensión del movimiento total de su época, lo repito, nadie le ha ganado.

Mas por cima de todo esto, se hallaba la generosidad de su espíritu, no sólo inaccesible al odio, al rencor, á la venganza, á la envidia, á las pequeñas pasiones, sino predispuesto hasta la exageración á la benevolencia y al sacrificio.

¡Qué mucho! Sus desgracias económicas, su pobreza, ese estado de ruina que hoy todo el mundo comenta en Madrid, sin que el vulgo lo comprenda, tratándose de quien ha sido el primer Presidente de la República española, y heredó de su familia, enaltecida por timbres nobiliarios, una pingüe fortuna, que Figueras podía haber decuplicado, con su gran inteligencia y aquella laboriosidad pasmosa en sus sesenta y tres años... todo es el resultado de disposición del gran orador á entregarse entero al servicio de la patria, del derecho, de la amistad, áun á riesgo de cosechar, como ha cosechado negras ingratitudes para las cuales sólo ha tenido un suspiro.

Y los hechos más delicados, más discutibles, más discutidos de su vida política, aquellos que han puesto seriamente en tela de juicio su reputación y su prestigio (que ya entran en el dominio de la Historia, y á los cuales la Historia hará cumplida justicia), si pueden afectar al hombre político, enaltecen al hombre honrado y al espíritu generoso que no ha titubeado en sacrificar su fama excusando debates y explicaciones á que cerraban el paso los deberes de la amistad y los vínculos del compañerismo.

Tales eran las virtudes del gran patriota, del orador insigne cuya muerte hoy preocupa justamente á todo Madrid. Con él no sólo desaparece una gloria de nuestro Foro y nuestro Parlamento. Muere *todo un hombre*, cuya fé inquebrantable y cuya abnegación sin límites quedarán para ejemplo de los que, sintiendo palpitar algo en la frente, aspiren á merecer, por honrados caminos, sin provocar jamás una lágrima, sano el corazón, entero el ánimo, y tocada el alma en los grandes ideales de la Eterna Justicia, el respeto de sus contemporáneos y la inmortalidad de la Historia.

RAFAEL MARÍA DE LABRA.

### FIGUERAS!

Propóngome, si el dolor de mi alma lo consiente, aprovechar el noble y galante ofrecimiento del Director de la REVISTA DE LAS ANTILLAS, valeroso campeón de la democracia autonomista, para noticiar á la democracia federal la pérdida del más ilustre de sus hombres: del Sr. D. Estanislao Figueras.

Ya no existe: la muerte cruel le ha arrebatado entre los acerbísimos dolores y las angustias inefables de una enfermedad terrible; tras el tormento de una agonía de seis horas, sobrevenida al improviso, y cuando ya un rayo de esperanza alentaba á sus numerosos y fidelísimos amigos.

En él, no sólo la democracia federal, el republicanismo todo, la patria misma, ha sufrido irreparable pérdida; que los vastos conocimientos, la lucidez de la inteligencia, la perspicacia del juicio, la elocuencia de la palabra, la perseverancia del carácter, la inagotable bondad del corazón, son prendas que la naturaleza sólo de tarde en tarde y con avara parsimonia reúne en una individualidad.

Poseíalas Figueras en grado eminentísimo, y desde los albores de su vida política, que coinciden con su adolescencia, púsolas todas al servicio idolátrico de la idea del siglo en que ha vivido, al servicio de la idea democrática. Luchador por excelencia, el despotismo descarado, lo mismo que esta otra perversión del absolutismo que doctrinarismo se llama, tuvieron en él infatigable atleta, que sin misericordia descargó sobre ellos golpes rudos y certeros, hasta verlos hundidos en el polvo. La fortuna, desvendada en esta ocasión, le recompensó cumplidamente de sus fatigas, de sus afanes, de sus trabajos incesantes de veinticinco años de propaganda y encauzamiento de las ideas democráticas, poniendo su persona al frente de la República de 1873; y haciendo que su nombre plebeyo interrumpiera en la cronología hispánica la serie fatigosa de reyes que, con contadísimas excepciones, han esquilado con sus tiranías ó prostituido con sus vilezas esta gran patria española, que ha de redimir la democracia.

Digno era ciertamente de tan alta investidura, porque (rarísima virtud en los hombres como Figueras, encerrados en los estrechos horizontes de un partido extremo y batallante) elevábase á ideas generales de gobierno; al punto de encarnar en él esa bastardeada idealidad de la democracia conservadora, que, si ha de realizarse, no ha de ser negando al pueblo sus imprescriptibles derechos, sino convenciendo de su utilidad y comprometiendo en su ejercicio á esa falange respetable de los que, por sus intereses ó sus hábitos, propenden á considerar revoltosa toda reforma, y utopía toda innovación radical.

Mérito este tanto más excelso, cuanto que, hijo Figueras, é hijo apasionado de una provincia como Cataluña por la mala complexión de nuestros gobiernos, más que otra alguna de la nación tendiendo al exclusivismo local, necesitaba, para sobreponerse á las pasiones de partido y á los exclusivismos provinciales, aquella alteza de miras y aquel vuelo de inteligencia de que sólo han podido dar muestra en nuestra historia los espíritus verdadera y genuinamente superiores.

Estos convencimientos, que su brevísimo ejercicio del poder elevaron en él á la categoría de evidencias, sirvieron de norma á su conducta después de aquel año inmortal de 1873, de tan dolorosas como provechosas enseñanzas. Espíritu de los que jamás ni á la suprema adversidad se rinden, aún no había caído la República cuando ya en su fertilísima inteligencia trazaba planes para su restauración, ó cooperaba á los por otros trazados con el perseverante empeño del que sinceramente reconocía en su gestión política faltas que era preciso lavar con indelebles servicios y trabajos hercúleos.

Por esto se le vió, á sus años, con su posición superior, con su elevación en la opinión pública, prestarse á papeles secundarios, pero utilísimos, en cuantas ocasiones el partido republicano intentó restaurar sus traicionados y vilipendiados ideales. Por esto se le vió secundar planes ajenos y exponer su persona á peligros evidentes.

Tal modestia, abnegación tan grande é inusitada, en un país como el nuestro, tan abundante en injustificables soberbias, falsamente comentadas por la envidia, cebaron en él la calumnia de los enemigos y de los amigos falsos de la democracia. ¿Qué no se dijo de él á causa de tan nobilísimos empeños?

Ya, que se había supeditado al progresismo, traicionando la federación; ya, ¡horror causa reproducirlo, que estaba en connivencia con el jesuitismo!

Su vida, y sobre todo, su muerte, hundieron la asquerosa calumnia y al vil calumniador en el fango.

En los dos últimos años protestas irrecusables de su perseverancia en el partido que con poderoso esfuerzo había contribuido á formar, el partido federal, y sus explicaciones terminantes sobre el modo de entender la federación sin peligro para la patria que adoraba, ni para el orden indispensable á toda institución, hicieron caer la venda de los ojos á los federales históricos engañados y pusieron de su lado miles de personas de probados antecedentes federales, que por tenerle á su lado en trances de lucha y de propaganda, fueron tratados de parciales ó seides personales con el nombre de *figueristas*.

Tal vez nadie mejor que el que estas líneas traza sabe el desden con que tal calificativo fué oído de los federales históricos, que jamás han supeditado su opinión á la opinión ajena, ni conoce mejor la repugnancia que el Sr. Figueras, sólo atento al bien de la patria y á la restauración de la República, sentía el pensamiento de verse convertido en uno de tantos mesnaderos políticos que tratan en esta infortunada nación de darse aires de jefes de partido.

De mí sé decir que, estrechamente unido al señor Figueras en amistad particular y en pensamiento político, no acierto á distinguir si era mayor mi aversión á los que como un anatema el nombre de *figuerista* me trataban de imponer, ó la del Sr. Figueras al considerar que pudiera haber entre los federales hombres tan desprovistos de personalidad que la abdicasen en él. Conocedor de los hombres en alto grado, sabía muy bien que el que se supedita y hace esclavo del ajeno criterio, es piedra desechada en el edificio que los republicanos federales tratamos de levantar para la felicidad de la nación.

Pero sabía también, demostrando su buen sentido, que después de 1875, por la evolución natural de las ideas y por los accidentes políticos acaecidos, para la restauración de la República, precisa de toda precisión el consuno leal, honrado, perseverante de todos los verdaderos republicanos. De aquí su alto y salvador pensamiento de la coalición republicana.

Grandes desabrimientos, inquinas injustificadas, pero indelebles; odios personales, resentimientos y enemistades á ello se oponían. Mas como en el pecho generoso del Sr. Figueras imperaba con supremo amor el amor de la República, lanzóse audaz y perseverantemente á la obra de reconciliación á que tantos obstáculos se oponían.

Grandes sinsabores le ha proporcionado este trabajo. Pero en su última hora, cuando á su casa llegaban las muestras de dolor de todos los partidos francamente republicanos, su satisfacción, aunque amarga por venir con la muerte, ha debido ser inmensa. Su pensamiento de la coalición republicana triunfa en todas partes al punto de exhalar su iniciador el último suspiro.

Irreparable es la pérdida, irremplazable el hombre: mas el pensamiento ha caído en tierra fértil, y fructificará. Si la adhesión incondicional á este pensamiento, juntamente con la afirmación inconcusa de la federación histórica, que hemos llamado, por oposición á otro calificativo, *orgánica*, con ánimo de distinguirla; si la supeditación de nuestra conducta al sufragio universal, mas nó de nuestro criterio, que siempre será federal; si el respeto á la memoria sagrada del gran amigo y del gran ciudadano Estanislao Figueras, significase en adelante *figuerismo*, yo, y conmigo cuantos amigos en toda España han formado la falange que en estos últimos dos años han tratado de sacar el partido federal de dictaduras estériles, con la misma entereza que rechazamos ántes por injusto el mote de *figueristas*, le adoptaríamos ahora con entusiasmo, cuando una tumba que contiene un yerto cadáver no puede hacer sospechar que vayamos tras caudillajes indecorosos ni concupiscencias indignas.

A la otra vil calumnia que el odio arrojó sobre el Sr. Figueras, la calumnia de jesuitismo, de que hubo miserable que se hizo eco por escrito, aplasta su muerte en aquella alta y majestuosa fé que confesó en pleno Parlamento, afirmando la *fé en Dios padre Todopoderoso, criador del Cielo y de la tierra*, que acusa la razón, y borrando con su elocuentísimo silencio aquellas otras conclusiones del *credo* que los concilios añadieron para sujetar á las gentes en el yugo de la superstición. Ningun culto ha rodeado su lecho de muerte, á no ser el culto del amor de los que hemos, con su amante esposa, presenciado su

lenta y fatigosa agonía, y en su sepelio hoy ningun culto intervendrá, á no ser el culto del amor del pueblo á los que le sirven de guías y modelos en su progreso y redención.

De esperar es que hoy el pueblo madrileño acuda en masa á tributar el último homenaje al gran ciudadano Estanislao Figueras, cuyas altas dotes de inteligencia y corazón en mil ocasiones ha podido apreciar. Del partido republicano en todas sus fracciones, principalmente de aquellas que en la coalición consideran vinculado el triunfo de la República, esperamos que nadie faltará, después de haber, con motivo de su enfermedad, dado las más distinguidas personalidades prueba nobilísima de que en estos supremos trances todas las diferencias ceden ante la grandeza del corazón español y liberal.

Los que fuimos sus amigos; los que compartimos con él sus últimos trabajos en Madrid, en Valencia y en Barcelona, acudiremos á fortificar ante su tumba nuestra inquebrantable resolución de continuar la obra que de acuerdo emprendimos, condensada en estas tres conclusiones de su programa conocido: Federación orgánica.

Coalición republicana.

Sufragio universal.

Mas el hombre político no es todo el hombre. Figueras, modelo de padres y de esposos en el hogar doméstico, jurisconsulto eminente, muere pobre, muy pobre, como murió Mendizábal y están destinados a morir cuantos anteponen con divino trasporte el bien general al privado. Deja en la soledad una viuda, modelo de esposas, y en la orfandad dos tiernos niños. Entre las muchas esperanzas que entre nuestro dolor vislumbramos, aparece la esperanza de que el partido republicano español acuda con su arranque generoso al socorro de estos pedazos del corazón del ilustre primer presidente de la República española.

Mas esta esperanza entrevista debe ceder por hoy al dolor que traspasa nuestro espíritu al recordar que escribimos ante un cadáver que en breves horas debemos acompañar á su última morada.

RAMON CHIES.

Madrid 12 de Noviembre de 1882.

### A LOS REPRESENTANTES DEL PAIS Y Á LA OPINIÓN PÚBLICA

Seis meses ha, precisamente, que tuvimos el placer de ser los primeros en llevar á nuestras provincias de Cuba y Puerto-Rico la noticia de los levantados propósitos del Sr. Marqués de Campo expresados en su exposición á las Cortes, que entónces publicamos, y que será por siempre uno de los más gloriosos timbres de ese hombre verdaderamente extraordinario, como entónces le llamamos, en el calor de nuestra sorpresa y nuestra admiración, y como le seguimos llamando hoy que, cuanto más examinamos aquel plan que en treinta años hubiera ahorrado á Cuba solamente cuarenta y cuatro millones de duros, de su deuda, más á nuestros ojos crece y se agiganta el génio, el patriotismo de ese hombre original.

Desde entónces no hemos dejado de llamar la atención de los cuerpos colegisladores, del Gobierno, de la prensa y de la opinión pública hácia el plan del Sr. de Campo que se proponía aliviar á Cuba de una de sus más duras é irritantes gabelas, de uno de los más injustos tributos que se le imponen, por cuanto, pagando por los sellos de correo la mitad más de lo que cuestan en la Península, se comete con ella además la iniquidad tradicional de obligarla á pagar sola 822,000 pesos fuertes al año que cuestan los vapores-correos trasatlánticos y antillanos.

En cambio hoy somos también los primeros en participar á nuestros correligionarios y amigos una noticia que ellos y los demás contribuyentes habrán de recibir con pena, porque si, al fin, se confirma, habremos de renunciar á toda esperanza de tener gratis aquellos correos y de pagar de ménos cada año los cinco millones de pesetas con que los gobiernos han venido y vienen subvencionándolos á costa nuestra.

El siguiente manifiesto que, con el título que encabeza estas líneas, hemos recibido, explicará mejor que cuanto pudiéramos decir, esta nueva contrariedad que las Antillas experimentan, este nuevo motivo de desaliento para los que nos consagramos á la defensa de sus intereses, esta nueva evidente prueba de la farsa que se viene re-

presentando por los que nos hablan de asimilación é identificación de Cuba y Puerto-Rico con España; sin intentar honradamente el planteamiento de eso que es imposible, pero que les sirve para continuar explotando torpemente aquellos pueblos desheredados del derecho comun á todos los españoles:

«Tres años hace que mis primeros buques enarbolaron la bandera de España para abrir extensos horizontes á nuestro comercio marítimo. En ese corto período de tiempo no ha perdonado mi voluntad sacrificio alguno que ofrecer, ni ha tenido mi decisión obstáculo de ningún género que combatir. Contratando unas veces con el Gobierno, y secundando sus planes, he concertado servicios de correos para llevar á lejanos mares la correspondencia de España, y ha establecido mi flota regular y constante comunicación por primera vez entre los puertos de nuestra Península y las colonias más apartadas de la patria.

Abandonado otras veces á los esfuerzos de mi propia iniciativa, he tendido materialmente una red de importantes líneas por todos los mares que, enlazadas con nuestros puertos, han abierto á los productos y á las transacciones del país grande esfera donde desenvolverse, y dentro de la cual se les ofrecen ventajas y estímulos para progresar y mejorarse. En todas partes he procurado dejar impreso el sello de amor á mi patria: en todas ocasiones he procurado también limitar mis deseos y mi voluntad á las prescripciones del ajeno derecho, y encerrar mis aspiraciones en el molde de la justicia. Pero el humano esfuerzo no halla siempre el apetecido apoyo en sus empresas, ni recoge todas las veces el aplauso que merecen sus obras. Que es achaque de nuestro siglo el egoísmo, y con señales de este tiempo la suspicacia y el recelo.

Fundado sólo en las operaciones de mi cálculo, estimulado por el interés que merecen á mi patriotismo las gravísimas cargas del Tesoro público, concebí la idea de ofrecer al Gobierno y al país realizar gratuitamente el servicio general de correos marítimos al nuevo continente. Voluntad y energía para hacerlo sobaban á mi conocida vida mercantil; lealtad y honradez para cumplirlo, nadie osará ponerlas en duda después de treinta años de contratista público; en cuanto á medios y elementos para verificarlo, bastaba con observar mi flota de más de veinticuatro buques de primera clase, que cada día voy aumentando notablemente.

Y sin embargo, en este leal y patriótico empeño, sólo ideado en obsequio del Gobierno y sólo proyectado en beneficio del país, se ha visto equivocadamente por ese mismo Gobierno una interesada rivalidad; y por los propios representantes del país se ha considerado como una mercantil contienda entre empresas y entre barcos.

«Añadido luego á esta injusta interpretación el infundado recelo de otras empresas, han desaparecido casi del juicio de la opinión pública el móvil verdadero que inspiró mis actos y el objeto que en realidad tuvieron mis pretensiones. A restablecer á la exactitud uno y otro, y á recordar ambos ante el tribunal de la opinión pública tiende esta declaración, precisamente en momentos en que nada puedo prometerme y en circunstancias en que ningún éxito puede esperarse.

Al ofrecer á las Cámaras primero y al Gobierno más tarde el concurso de mis capitales y de mi flota con objeto de levantar en lo posible el angustioso estado del Tesoro de Cuba, no tuve otro objeto, lo digo públicamente, que el de satisfacer los nobles impulsos de mi patriotismo, sin ver en mis proyectos más que el bien de mi país, sin atender en mis cálculos más que á la prudente combinación del capital y sin perseguir otro ideal que el de procurar á todo trance el florecimiento de nuestro comercio. Sin ódios ni rivalidades para con nadie, sin lucha ni contienda con ninguno, mis barcos cruzan los mares de todos los continentes, izando orgullosos la bandera española, no con el orgullo del egoísmo, sino con la satisfacción del soldado que lleva en sus manos el pendón de la patria.

Ni busco antagonismos ni deseo comparaciones con nadie. Me bastan mis satisfacciones y me sobran mis propios elementos. El amor á nuestro país debe ser la enseña de todos, y el mar es inmenso como la idea donde caben todos los esfuerzos, y donde todas las empresas y combinaciones mercantiles pueden agitarse y desenvolverse sin mezquinas rivalidades.

Tal es mi pensamiento, que quiero hacer constar públicamente para conocimiento de todos.

A diferencia de lo que hasta ahora se ha venido practicando, mis buques estaban dispuestos, sin necesidad de subvenciones del Estado, á realizar el servicio general de correos marítimos de nuestra patria, del mismo modo que las líneas por mí esta-

blecidas enlazan con España el comercio y la navegación universal de todas las partes del mundo. Difícil y casi irrealizable esta empresa para las sociedades y compañías marítimas tal como hoy existen, y atendida su extraña constitución, es perfectamente práctica y factible para quien disponga por sí propio de elementos necesarios.

Al buen juicio de todos entrego la importancia y el alcance que para España tienen mis líneas de vapores. Enlazado el servicio entre la Península y las Islas Filipinas con Puerto-Rico, Habana y Veracruz; entre la Habana, Santiago de Cuba, Barranquilla y Colon con Santo Domingo y la Guaira, y entre la Península, puertos del Pacífico y América del Sur, el pabellón de España cruza hoy todos los mares, y es saludado con respeto en todos los puertos del mundo.

Todo para mi Patria, ha sido constantemente el ideal de mi vida. Producto de honrado trabajo mis capitales, no aspiro á aumentarlos con daño de nadie ni pretendo contratos onerosos que perjudiquen al Tesoro público. Entiendo en la ocasión presente que sin aventuras ni ulteriores cálculos puede mi flota llenar cumplidamente el servicio ofrecido. Si no es aceptado, mi patriotismo y desinterés han cumplido ya como buenos.

Frente á los detractores de mis proyectos y de los que se entiendan lastimados con mis francas y leales aspiraciones, contaré siempre con la tranquilidad de mi conciencia, que no me acusa de provocaciones ni hostilidades á nadie; y con el asentimiento y el aplauso del País, que no verá en mis actos sino nobles manifestaciones de un hijo de España empeñado, sin competencias ni enojos, en levantar la prosperidad de nuestra marina mercante.

Retírome, pues, con mis medios y elementos, demostrando de este modo que no quiero polémicas de ninguna clase y que terminaron para mí las luchas que alguien pudo creer alentadas por mi actitud.

El país sabe ya que no le faltarán jamás mi lealtad y mi desinteresado apoyo, y el país y todos se vencerán de la sinceridad de mis actos.

EL MARQUÉS DE CAMPO.

Madrid 12 de noviembre de 1882.

Ya lo ven nuestros lectores. Cansado de luchar con torpes y sistemáticos opositores; fatigado de explicar, cual otro Colón, su patriótico deseo á una situación como la actual que no ha tenido el valor ni la lealtad de cumplir respecto á las Antillas las solemnes promesas que hiciera ante el Parlamento, cuando solicitaba el poder; disgustado, en fin, de ver las injustas interpretaciones que se han dado á su nobilísimo deseo por tantos *ilustres patricios* que aturden al país hablando del bien, de la honra y del progreso de la patria, cuando en realidad ese patriotismo de que hacen alarde no es más que una contracción labial que gira entre los polos del repleto bolsillo y el estómago satisfecho, el Sr. Marqués de Campo se retira con sus medios y elementos, obligado á privarnos de los beneficios que hubiéramos reportado de su espíritu emprendedor, de su actividad, de su laborioso y constante afán de ser útil á la patria.

Muy digna es esta resolución del noble Marqués de Campo; pero nosotros y con nosotros la unánime opinión pública de las Antillas, la opinión de las clases que producen y edifican, la opinión de los que no viven y medran del privilegio y del monopolio, no podemos resignarnos á perder la esperanza que fundáramos en sus propósitos salvadores.

Si perteneciéramos al número de sus amigos, si mereciéramos la honra de ser consultados y si hasta él llegase nuestro parecer, no vacilaríamos en decirle por nuestra cuenta y la de aquellas sinfortunadas provincias, de cuyas aspiraciones nos creemos en este caso genuinos representantes, que siendo él una de las figuras más prominentes de la Península como banquero, como dueño y jefe de empresas de ferrocarril, acueductos, alumbrado y sociedades de crédito, como naviero, contratista y concesionario de varios servicios y, sobre todo, como filántropo, como pródigo para con su país natal y como español típico, digno de los tiempos de la España legendaria y caballerescas, no debe, por más que quiera y pueda, abandonar una lid en que ha llevado y lleva la parte mejor, y en que los adversarios yacen inermes y maltrechos.

Que los centros oficiales oponen dificultades,

demoras, apatías y perjuicios; que se resisten á rescindir un contrato oneroso que lesiona enormemente á una de las partes, que es Cuba, la que paga; que se crean antagonismos y se establecen comparaciones; que el despecho intenta torcer las corrientes de la opinión pública; que la calumnia ceba su aguzado diente; que los representantes del país—muy pocos—han considerado la proposición del Sr. Campo como resultado de una contienda mercantil entre empresas y entre barcos... Y bien: todo esto justifica precisamente la bondad de los propósitos de la exposición de 12 de mayo último. Si ésta no fuera tan trascendental y tan conveniente; si los interesados en que no prevalezca no estuviesen convencidos de que puede ponerla en práctica cuando se quiera el Marqués de Campo ¿cree este señor que la insólita soberbia de aquellos les hubiera permitido descender á discutirla ni aún siquiera á darse por enterados de ella? Aquí, donde la mitad de los españoles no saben leer, espera el Sr. de Campo que triunfe sin sacrificio la excelente evolución económico-administrativa que pretende para honra de España y beneficio inmediato de las Antillas?

Además, así como el tormento de la Inquisición no alteró las afirmaciones de Galileo; así como los teólogos de Salamanca no quebrantaron la fé de Colón; así como toda nuestra empírica política colonial y nuestros estertores de quijotismo ridículo no impiden que se cumpla el vaticinio de Quintana, todas las alharacas de periódicos y hombres políticos interesados en las granjerías que logran con las Antillas, no autorizan al señor Marqués de Campo para alzar sus tiendas, ni justifican su retirada.

Precisamente porque lleva al brazo la empresa de la virgen América contra los cartagineses de la vieja Europa; precisamente porque no se trata de una contienda de barcos ni de imponer á las Antillas como producto nacional harina de trigo norte americano; precisamente, en fin, porque es espontáneo, honroso y de sumo provecho para Cuba el proyecto de sustituir un servicio que le cuesta un millón de duros al año, por otro servicio mejor, que no le costaría nada, no debe el señor de Campo, á su vez, resignarse á que las Antillas continúen depauperándose en beneficio exclusivo de unos cuantos privilegiados por la torpeza de nuestros gobiernos.

Cuenta con la unánime simpatía de los contribuyentes de aquellos apartados países, y de cuantos en éste juzgan imparcialmente á los hombres y á las cosas; garantiza la bondad de sus propósitos el honor que alcanzan de ser discutidos en todos los círculos; se avecina, por último, la apertura del Parlamento y esperamos que no faltará quien en sus Cámaras levante la voz para secundarle y para demostrar la censurable conducta del Gobierno fusionista, en cuestión de tanta monta para Cuba y Puerto-Rico, á quienes, por ironía, sin duda, se les llama el florón de la corona de Castilla, y *siempre fieles* para pagar lo que no deben, amordazándolas en cambio y calificándolas de levantiscas é infidentes cuando reclaman los legítimos derechos de que se encuentran despojadas.

Por si nuestro voto pudiese influir en el ánimo del señor marqués de Campo, la REVISTA DE LAS ANTILLAS, apela á su proverbial generosidad, suplicándole que no abandone su loable y benéfico propósito, en la seguridad de que el triunfo coronará su perseverancia.

#### EL SUDOR DE LOS PRESIDARIOS

Sabíamos, por haberlo visto muchas veces ántes de la legal traslación de domicilio á que nos condenó el justiciero y recto general Prendergast, que los penados de los presidios departamentales de Cuba solían ser alquilados en cuadrillas á contratistas y particulares que los empleaban y emplean en trabajos de construcción de edificios, en industrias varias y en faenas agrícolas; pero lo que no sabíamos es que esos penados, esparcidos en distintas comarcas, ascediesen al respetable número de 1,800, según de público se dice y nos participan de la Habana.

A ser cierta la noticia, entendemos que es necesario practicar una alteración importante en los presupuestos de la Isla.

Estos penados, alquilados á razón de una onza de oro por cada uno al mes y mantenido, producen 21,600 onzas de oro que, multiplicadas por 17, arrojan un total de 367,800 duros al año.

Dado, pues, que el art. 6.º, capítulo único de la sección sexta—ingresos eventuales—del vigente presupuesto señala por el ramo de presidios un ingreso de . . . . . ps. fs. 118,000 tendremos que de los . . . . . 367,800

hay un sobrante de . . . . . 249,800 que acaso sean menos y que pueden ser más, dado que el número de penados hoy no será menor que el de los años anteriores.

Ante este dato se nos ocurre preguntar: ¿en qué se invierte ese sobrante? ¿Se crea acaso con él un fondo de reserva á cada penado para que el día que hayan cumplido su condena tengan con qué subsistir mientras hallan trabajo? ¿Es justo que al lanzar esos hombres á la calle se les imponga el horrible suplicio del hambre ó se les condene á ceder á la necesidad de tomar de cualquier modo lo que hayan menester para no morir? Y si al fin reinciden, ¿de quién será la culpa más que del Gobierno que es quien dice tomarse el cuidado de proveer al bien de todos?

Pero ya que no se piense ó no se quiera reservar al penado una parte, por pequeña que fuese, del fruto de sus sudores y fatigas, ese sobrante, si, como hemos dicho, son ciertas las noticias que tenemos, tiene otra muy apreciable aplicación.

La sección sexta de gastos propone para el personal de presidios. . . . ps. fs. 204,646 Veterinario y fotógrafo. Manutención y forraje. . . . . 4,066 Vestuario de la compañía y escoltas, y de los confinados. . . . . 43,333

Total. . . . . 252,045 Ahora bien; saldemos este gasto con el ingreso de los. . . . . 367,800

y aún sobrarán. . . . . 115,755

Para el caso de que se nos diga que no son tantos los penados en alquiler, que no es tan fuerte la suma que producen y que el cálculo es al máximo, aún podemos conceder que esta última cifra ingrese de menos; pero así y todo, es cosa averiguada que el presupuesto de Cuba debe ser aligerado de esa carga de 252,045 duros que paga aquel infortunado país, por cuanto los confinados nivelan con su trabajo las partidas que se les consignan en el presupuesto.

Si el señor ministro de Ultramar se fija en cuanto decimos y pide cuentas claras y un balance del último decenio de los productos efectivos de aquellos departamentos presidiales y su distribución legal, verá cuántas cosas, muy buenas, que debe saber un ministro, le han sido hasta hoy perfectamente desconocidas.

Entonces, al confeccionar el futuro presupuesto, no tendrá en este concepto que valerse de los famosos *datos provisionales* que le han servido para el actual.

Presupondrá con conocimiento de causa.

### PUNTOS NEGROS

La pobre isla de Cuba está siendo víctima de toda clase de calamidades.

Sufrió el gobierno del general Blanco y del secretario Carbonell, que fueron un par de calamidades gordas.

Luego, el del general Prendergast y su secretario Diaz de la Quintana, que son otro par de calamidades más gordas todavía.

Y después y ántes, y siempre, ha sufrido la gran calamidad conocida con el nombre de «Ministerio de Ultramar.»

Y la de los empleados que de aquí le mandamos, con sus irregularizaciones y todo.

Y la de los gobernadores militares.

Y la de los presupuestos.

Y la de los monopolios y granjerías del partido esclavista.

Y la del renegado Rafael, director de *La Voz de Cuba*.

Y la de los *cipayos*.

Y otras muchas que no queremos apuntar, por no pecar de prolijos.

\*\*

Y para concluir con la paciencia de la pobre Cuba, la Providencia ha enviado ahora dos ciclones; uno que ha completado la ruina de la provincia de Santa Clara, ó sea las Villas, y otro que ha sumido en la miseria á la de Pinar del Rio, ó sea la Vuelta-Abajo.

Y para colmo de desdichas, está amenazada del cólera.

\*\*

Nosotros creemos que los ciclones son fenómenos naturales, cuya causa no hay que buscar en la Providencia,

Pero el obispo de la Habana no cree lo mismo; pues los atribuye á Dios.

Y nosotros tenemos que respetar, como buenos católicos, la opinión del sabio prelado.

Entre la autoridad de la ciencia y la autoridad de la Iglesia, la elección no puede ser dudosa para un católico ferviente.

\*\*

El Sr. Obispo de la Habana ha publicado una pastoral en que, después de consignar como de paso que las grandes calamidades públicas suelen ser decretadas por la Providencia para castigar los pecados de los hombres, exhorta al público para que con caridad cristiana acuda en socorro de los infelices de Vuelta-Abajo y dulcifique así la severidad del castigo divino.

Aplaudimos de todas veras el celo evangélico del evangélico pastor.

\*\*

Pero tenemos curiosidad de saber cuáles serán los pecados que la justicia del cielo ha querido castigar en el pueblo de Vuelta-Abajo.

Suponemos que no habrá sido la proverbial mansedumbre de ese pueblo lo que haya concitado la ira de Dios.

Positivamente, los de Vuelta-Abajo son mansos y lo han demostrado.

Pero la doctrina reza que los mansos son bienaventurados, y que de ellos será el reino de los cielos.

Y no creemos que entre los gajes de ese reinado esté el sufrir un ciclón y arruinarse.

\*\*

Además, los de Vuelta-Arriba, los de las Villas, han sufrido también otro ciclón, cuyos perjuicios, según el *Diario de la Marina*, se elevaron á algunos millones de pesos, amén de algunas vidas perdidas.

Y esos otros infelices no son mansos, ni nunca lo fueron; y de ello han dado pruebas que no dejan dudar.

Ciertamente, deben haber sido otros los pecados.

\*\*

De todos modos, esos dos ciclones han sido una desgracia inmensa para Cuba; y el Gobierno debe hacer cuanto sea posible por remediarla.

La miseria es un elemento de desorden en todas partes, y en Cuba, donde ya el pueblo está cansado de pagar contribuciones excesivas y de sufrir otras injusticias y vejámenes, podría ser la gota que colmase el vaso.

El hambre es mala consejera.

Y sus consejos se imponen y ofuscan y arrebatan y llevan al hombre á los más deplorables extremos.

\*\*

En tiempos de la guerra de Cuba, los periódicos de la Habana ponderando los triunfos de nuestro ejército y la buena suerte de nuestra causa, decían que Dios era español.

Si esto fuese cierto, al ver las cosas que después de la guerra pasan en Cuba y las calamidades que sobre ella manda, según el obispo de la Habana, la justicia ó la cólera divina, tendríamos que creer que Dios habría renegado de su antigua nacionalidad.

Preferimos, por más piadoso, pensar que Dios nunca fué compatriota nuestro; y que por eso los españoles estamos dejados de la mano de Dios.

\*\*

Con motivo de las desgracias de Vuelta-Abajo, la población de la Habana está demostrando una vez más sus caritativos sentimientos.

El pueblo que con el mayor desprendimiento acudió en socorro de los desgraciados de Murcia y de Sevilla y de la costa Cantábrica y que en todas las desgracias de la madre patria ha sido de las primeras en prodigar sus dádivas, no podía permanecer impassible ante el infortunio de sus hermanos de Vuelta-Abajo.

Y se ha mostrado espléndido como siempre, y como nunca, abnegada.

\*\*

Abnegada, sí; abnegada como nunca.

Porque es preciso no olvidar que también la Habana empieza ya á sentir miseria, á sufrir hambre.

La Habana está soportando los efectos de varios ciclones simultáneos; como son el general Prendergast, el presupuesto y la administración.

Y no será difícil que muy pronto venga á tocar á nuestras puertas para pedirnos una limosna por amor de Dios!

\*\*

Se han hecho suscripciones públicas que alcanzan ya elevadísimas cifras; se han coordinado rifas y conciertos y otras funciones teatrales; y toda la prensa periodística, de comun acuerdo y por iniciativa del diario democrático *La Discusión*, ha combinado una gran función que debe haber tenido lugar en el teatro Payret; una rifa de objetos recojidos domiciliariamente por varias comisiones de periodistas que con ese fin han recorrido de casa en casa toda la ciudad; y, por último, la publicación de un periódico de la índole del *Paris-Murcia*.

Con todos estos elementos y contando como principal factor con la proverbial generosidad y esplendidez de los habaneros, bien puede calcularse en cinco millones de pesetas el auxilio que la provincia de la Habana ofrecerá á los desgraciados de Vuelta-Abajo.

¡Bien por la Habana!

Desde aquí le enviamos nuestro humilde aplauso, llenos de entusiasmo y noble orgullo como pudiera estarlo el más amante de sus hijos.

Y enviamos también nuestro aplauso á toda la prensa local, y más especialmente á *La Discusión*, por la parte importantísima que han tomado en la buena obra.

\*\*

*La Voz de Cuba* atribuye todo el mérito de esa buena obra á los esclavistas.

Y funda esa pretensión en que algunos esclavistas han ostentado esplendidez en sus donativos.

Pero no tiene razón *La Voz*: todo el público, sin distinción de colores ni partidos, está contribuyendo en la medida de sus fuerzas para aliviar las desgracias de Vuelta-Abajo.

\*\*

Sin embargo hay que reconocer la influencia de los esclavistas, á la que tal vez se debe la protección que á la buena obra dispensa el Gobierno.

En efecto, los esclavistas, desde el primer momento se hicieron eco de las desgracias que afligían á la Vuelta-Abajo, y sus clamores y sus demandas de socorro pusieron al Gobierno—complaciente siempre con ellos—en la necesidad de hacer algo en beneficio de aquellos desgraciados.

\*\*

Los liberales hicieron lo mismo; pero hay que convenir en que sin los esclavistas nada se hubiera conseguido; pues desgraciadamente, la voz de los liberales no llega nunca al palacio del Gobierno; ó si llega, no encuentra sino oídos sordos que no la escuchan.

\*\*

Hace un mes la provincia de Santa Clara, ó sean las Villas, fué víctima de otro ciclón que sembró de muerte y ruina aquella depauperada comarca.

Los periódicos liberales, como era natural, pidieron protección para aquellos afligidos.

Pero el Gobierno y los esclavistas que son los que tienen acaparado el dinero, no hicieron caso á los clamores de la prensa liberal.

¡Ya se vé! En las Villas domina el elemento liberal.

Y para el Gobierno y para los esclavistas las calamidades públicas dejan de serlo cuando son liberales los que las sufren.

\*\*

En la Vuelta-Abajo no sucede lo mismo. Allí domina el elemento esclavista. Aquel es el campo de sus explotaciones y monopolios.

Por consiguiente, los esclavistas tenían que pedir protección para la Vuelta-Abajo.

Porque son ellos mismos los que resultarán protegidos.

Todo lo que se recoja para Vuelta-Abajo, en último resultado vendrá á parar á manos de los mismos esclavistas.

Hay que convencerse de que son muy cucos.

\*\*

Se dice que el Gobierno ha perdonado el pago de las contribuciones á los desgraciados de Vuelta-Abajo, y no sabemos si también á los de las Villas.

¡Miren que gracia!

Esos desgraciados no necesitan que les perdonen deudas que por la ley están perdonadas.

P. LAYO.